



Reunión de Brejnev, Giscard y Gierak, en el palacio Wilenow, de Varsovia.

POR QUE EUROPA RESISTE

EDUARDO HARO TECLEN

CARTER regaña a Giscard d'Estaing por su política independiente —el "jinete solitario", el "francotirador", le llaman los periódicos americanos—, Giscard responde que hace lo que quiere y que el día en que Francia dejara de ser independiente "habría que cerrar los libros de historia". Carter regaña a Thatcher porque no aplica a Irán las sanciones que hablan acordado, y Thatcher responde que su país se empobreció y no puede permitirse estas cosas. Schmidt trata de zafarse de la tenaza americana como puede. La cuestión de los Juegos Olímpicos se resuelve de esta manera vergonzante, en España como en otros países, por la representación de papeles distintos entre el Gobierno y los Comités, por la cuestión de las banderas y de los himnos. Y en los editoriales de todo el mundo se escribe la frase consagrada: "Se agranda el foso entre los Estados Unidos y sus aliados". De este lado del foso parece que de lo que se trata es de ganar tiempo. La conferencia Giscard-Brejnev se encamina hacia 1981, como si lo que quedara del ochenta se pudiera congelar. La idea es clara: esperar que Carter termine su campaña electoral, que pasen las elecciones de noviembre. Esperanza poco firme. Reagan es peor que Carter. Y si reeligen a Carter, puede ocurrir que se amanse, pero puede ocurrir que no. Es difícil creer que en estos momentos Carter sea efectivamente Carter, y no la representación de grupos fuertes de intereses y de una movilización del pueblo americano. Sea como sea, ganar tiempo siempre es importante.

"El foso se agranda". No es un problema de Carter: es un problema

entre Europa y Estados Unidos. La idea de "causa común" se pierde; aparece, resulta, que los intereses no son los mismos. Ni la forma de abordar las posibles soluciones, ni las nociones de culpabilidad. Es difícil, en un mundo donde reina la inmundicia política, levantar una cuestión moral de primer orden por la cuestión de Afganistán. En las mismas páginas de periódico donde se leen las últimas noticias de la agresión soviética al Afganistán, se están leyendo las de Corea, donde unas fuerzas especiales de Estados Unidos —cerca de 40.000 hombres, con material abundante y actual— campan incesantemente desde hace treinta años y sostienen gobiernos contra la voluntad popular, que llega al extremo de la revuelta. Si se lima un poco la cuestión afgana se encuentran otras intervenciones previas de Estados Unidos y su mundo: a través del Pakistán donde se adiestraban, armaban y sostenían los hostigadores del régimen; a través de China. ¿Quién está calificado para tirar la primera piedra? Si se lima la superficie de Teherán se encuentra, debajo, los años de explotación de un pueblo víctima por un régimen sostenido, armado y moralmente apoyado por los Estados Unidos.

No hay razón suficiente para creer que estos renuentes y distantes gobernantes europeos están basados, ahora, en principios de moral o de culpabilidad para rechazar la presión bélica de Estados Unidos. Pero sus opiniones públicas sí. Los pueblos son siempre —en toda la historia, en todo el globo— más morales que sus gobernantes. Puede que la política sea una obligación de "manos sucias", como de-

cia Sartre, y la genealogía de su moral sea otra. Pero la verdad es que esta opinión pública sí pesa en estos momentos, si actúa. Y que, sobre todo, hay una disparidad en los caminos de los intereses.

La política de "causa común" fue importante en la guerra contra Hitler; sobre todo, porque no había otra opción y Alemania no dejaba otra salida. Volvió a serlo en la primera guerra fría, cuando los gobiernos conservadores no sólo temían la posible expansión soviética, sino el crecimiento de los partidos comunistas revolucionarios y agueridos en la resistencia y trataban de ponerles coto. En este tiempo, Europa no tiene el menor sentido de una posible agresión soviética; es imposible hacerle sentir el movimiento del Afganistán como propio, o como una amenaza directa, aparte de cualquier justo juicio moral. Por el contrario, lo que teme es el riesgo de que la URSS llegue a actuar en forma de respuesta a un cerco demasiado cerrado. Es la vieja filosofía popular del ataque al gato: hay que dejarle siempre una salida porque si no, terminará por atacar. Cuando Giscard se entrevista con Brejnev en Varsovia, cuando Schmidt anuncia su viaje a Moscú, están tratando de mantener abierta esa salida: de que no llegue a consumarse lo irreparable.

El problema europeo de hoy es el de una crisis que en gran parte se atribuye a la energía y a las materias primas; pero que es también un fracaso del modelo económico impuesto por los Estados Unidos, y del modelo político de la explotación. Como en Irán, Estados Unidos ha tratado siempre a los países productores, llámense no alineados,

tercer mundo o subdesarrollados con una política de fuerza; esa política de fuerza encuentra ahora una respuesta: en Irán, en Corea o en Cuba, en los países africanos o en los asiáticos y los latinoamericanos. La intención de Estados Unidos es la de acentuar esa presión de fuerza, neutralizando previamente cualquier acción adversa de la Unión Soviética. No es una política de Carter, de Reagan o de quien vaya a ser presidente: es una política de los círculos imperiales de Estados Unidos que probablemente, a su vez, responde más que a una verdadera vocación imperial en el antiguo sentido, al establecimiento de una economía y de una sociedad que tienen miedo de hundirse si se hundieren las bases en que se ha instalado prácticamente desde su fundación. Es un país que cree que tiene en sus manos la baza definitiva y no quiere dejarse decaer sin intentar, por lo menos, utilizarla.

La intención de Europa es distinta. Trata de llegar a un equilibrio, a un entendimiento con esos países, no por abnegación, naturalmente, ni por moral o por sentido de la justicia: los países europeos fueron ya imperios explotadores, y terminaron sus etapas a la fuerza (Estados Unidos ayudó, entonces, al final de esos imperios): tratan de instalarse en una economía no imperial. Temen que las contracciones actuales, las situaciones de fuerza, empeoren sus sociedades. Ellos ya no están instalados en economías imperiales. Pueden adaptarse a otras situaciones. Escotar un imperio que no es suyo puede perjudicarles. Lo que importa del Irán no es que sea caótico, que tenga un régimen injusto y arcaico, que viole los acuerdos internacionales o que fusile a sus gentes con remedos de juicio: lo que importa es que siga dando su petróleo, que lo siga intercambiando por productos industriales europeos. Poco importa la angustia de los palestinos o el miedo a Israel a ser arrojado al mar por sus enemigos: importa, también el petróleo de Oriente Medio. A los gobernantes conservadores de Europa —que son la mayoría, por no decir todos— les importa que la situación interna de sus países no llegue otra vez al enfrentamiento directo de la guerra de clases, al revolucionarismo. En un extremo, les importa no convertirse en campo de batalla. Porque no dejan de ver que, en un momento dado, la URSS y los Estados Unidos podrían no emplear sus fuerzas nucleares entre sí, para evitar la destrucción mutua, pero pueden enfrentarse en una guerra convencional en los campos de Europa. Y esa es el sentido de la desesperada resistencia europea a la presión de los Estados Unidos. ■